ta. Indignábame de mi debilidad y mi voluntad queria rendir y avasallar mi imaginacion Continué bajando á oscuras, perdí la cabeza y fuí presa de fantasmas y de ilusiones.

«Parecíame que seguia bajando, que nunca concluia y que me hundia en las profundidades del Erebo. Finalmente llegué muy despacio á un paraje llano y oí á una lúgubre voz pronunciar las siguientes palabras como si las confiase á la tierra:

—*No será él quien vuelva á subir la escalera.*

Enseguida, del fondo de invisibles abismos, subieron mil formidables voces que con extraña cadencia cantaban:

—¡*Aniquilémosle, que se le aniquile! ¿Qué viene á hacer entre los muertos? Qué vuelva á sus padecimientos, que se le vuelva á la vida!*

Un débil resplandor atravesó entónces las tinieblas y ví que estaba en el último peldaño de una escalera tan vasta como la falda de una montaña; detrás de mí habia millares de escalones de hierro candente; delante de mí, nada, el vacío, el abismo del éter y bajo mis piés como encima de mi cabeza el azul sombrío de la noche. Me dieron vértigos y creyendo que me seria imposible volver á subir la escalera me lancé blasfemando en el vacío. Mas apenas pronuncié aquella maldicion que el vacío se llenó de formas y de confusos colores y poco á poco me encontré á pié llano en una galería en la cuál adelanté temblando. La oscuridad reinaba á mi alrededor; pero el fondo de la bóveda estaba iluminado por rojo resplandor y me mostraba espantosas y extrañas formas arquitectónicas. Por su solidez y

su espesor gigantescos, aquel monumento parecia haber sido tallado en una montaña de hierro ó en una caverna de lavas negras. No podia distinguir los objetos cercanos y los que hácia á mí adelantaban tomaban un aspecto de mas en mas siniestro, por lo cual mi terror aumentaba á cada paso. Los enormes pilares que sostenian la bóveda y las hojas que adornaban la bóveda misma, parecian hombres de sobrenatural estatura, entregados todos á inauditos tormentos; unos suspendidos por los piés y estrechados por los anillos de monstruosas serpientes, mordian el pavimento y sus dientes se hundian en el mármol; otros incrustados en el suelo hasta la cintura veíanse estirados cabeza arriba ó cabeza abajo hácia los capiteles formados á su vez por figuras humanas entretenidas é inclinadas sobre ellos para torturarlos encarnizadamente. Algunos pilares representaban grupos de personas ocupadas en devorarse unas á otras; cada una de ellas no era ya mas que un tronco roido hasta las rodillas ó los hombros, pero la cabeza conservaba bastante vida todavía para morder y devorar lo que estaba á su alcance. Algunas medio desarrolladas, se esforzaban con la parte superior de su cuerpo, en desprender la piel de la otra mitad adherida al capitel ó al zócalo; otras se habian arrancado tiras de carne en aquella lucha horrorosa y por ellas estaban colgadas unas á otras con una expresion de ódio y de padecimiento indecibles. A lo largo del friso ó mejor á modo de friso habia á cada lado una hilera de séres inmundos, revestidos con forma humana, pero de horrorosa fealdad, entretenidos en desollar cadáveres, devorar miembros humanos, exprimir vísceras

y hartarse de sangrientos desperdicios. A manera de lazos y rosetones pendian de la bóveda niños mutilados que arrojaban ayes lastimeros ó huyendo con terror de los antropófagos se tiraban de cabeza, estrellándose casi contra el pavimento.

Cuando mas adelante me internaba yo, todas esas estátuas débilmente iluminadas por la luz del fondo, tomaban aspecto mas real; estaban ejecutadas con una verdad que nunca el arte del hombre hubiera podido alcanzar. Aquello era una escena horrorosa que un cataclismo habia sorprendido en medio de su viviente realidad ennegreciendo y petrificándolo todo como la arcilla en el horno. La expresion de rabia, de agonía y de desesperacion estaba tan bien pintada en aquellos rostros contraidos; el juego ó la tension de los músculos, la exasperacion de la lucha, el extremecimiento de la carne desfallecida estaban reproducidas con tal exactitud, que era imposible mirarlas sin repugnancia y terror. El silencio y la inmovilidad de aquella representacion acrecentaban tal vez su horrible efecto. Desaniméme tanto que me detuve y quise retroceder.

Pero entónces en el fondo de aquellas tinieblas que habia atravesado oí rumores confusos como los de una muchedumbre que andára. Pronto las voces se volvieron mas distintas, los ruidos mas estrepitosos y los pasos se apresuraron tumultuosamente y se acercaron con una rapidez increible; era aquel ruido el de una carrera irregular, desenfrenada, cada vez mas próxima, mas impetuosa, mas amenazadora. Imaginéme que el perseguido por aquella tropa desordenada era yo y procuré ganarle la delantera precipitándome bajo la bóveda en medio de aquellas lúgubres esculturas, las cuales me pareció que empezaban á agitarse, á humedecerse de sudor y sangre y á rodar por las órbitas sus ojos de esmalte. De repente conocí que todas me miraban y estaban inclinadas hácia mí, las mas con expresion de sardónica y espantosa risa, las otras con una aversion furiosa. Todas tenian el brazo levantado sobre mí, en ademan de aplastarme bajo los miembros palpitantes que unas á otras se arrancaban. Algunas me amenazaban con su propia cabeza que tenian entre manos, ó con cadáveres de niños arrancados á la bóveda.

Mientras tan abominables imágenes turbaban mi vista, en mi oido retumbaban siniestros ruidos que se aproximaban. Delante de mí, tenia objetos terroríficos, detrás ruidos mas terroríficos aun; risas, ahullidos, amenazas, sollozos, blasfemias y de pronto momentos de silencio, durante los cuales parecia que la muchedumbre, en alas del viento, salvaba distancias inmensas y ganaba sobre mi céntuplo terreno.

Finalmente se acercó tanto el rumor que desesperancé ya de escapar; traté de ocultarme detrás de los pilares de la galeria, pero de pronto se animaron las figuras de mármol, agitaron sus brazos, los extendieron hácia mí con frenesí y trataron de asirme para devorarme.

Echóme pues el miedo en el centro de la galería donde los brazos no podian alcanzarme, pero el tropel llegó: el espacio se llenó de voces y el pavimento se inundó de pasos. Fué aquello como una tempestad en los bosques, como una ráfaga sobre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

las olas; fué la irrupcion de la lava. Me pareció que el aire se volvia abrasador y que mis hombros se aplastaban bajo el peso de la oleada. Fuí arrastrado cual hoja de otoño en el torbellino de los espectros.

Iban todos vestidos de negro y sus ardientes ojos brillaban bajo sus sombrías capuchas como los del tigre en el fondo de su antro. Los habia que parecian estar sumidos en una desesperacion sin límites; otros que se entregaban á una alegría insensata ó feroz y otros en fin cuyo selvático silencio me helaba de espanto. A medida que avanzaban, las figuras de mármol y bronce se agitaban y retorcian con tanto esfuerzo, que acababan por desprenderse de su espantable engaste, por despegarse del pavimento que encadenaba sus pasos, por arrancar los brazos y tronco de la cornisa; y los mutilados de la bóveda se desacian tambien, y arrastrándose como culebras á lo largo de las paredes conseguian descender hasta el suelo. Y entónces todos aquellos antropófagos gigantescos, todos aquellos desollados y mutilados se unian á la muchedumbre de espectros que me arrastraba, y recobrando las apariencias de una vida completa, se ponian á correr y á dar alaridos como los otros: de modo que el espacio se agrandaba alrededor nuestro y el gentío se esparcia en las tinieblas como un rio que ha roto sus diques, pero el lejano resplandor la atraía y guiaba siempre. De pronto se hizo mas viva la pálida claridad y ví que habíamos llegado al fin. El tropel se dividió, se desparramó por unas galerías circulares y ví bajo mis piés, á una distancia inmensa el interior de un monumento tal, que nunca la mano del hombre hubiera podido construirlo así. Era una iglesia gótica del mismo estilo que las que el catolicismo eregía en el siglo undécimo, en aquel tiempo en que habiendo llegado al apogeo su poder moral empezaban á levantar cadalsos y hogueras. Los altos pilares, los arcos ojivos, los animales simbólicos, los adornos raros, todos los caprichos de una arquitectura atrevida y fantástica se habian desplegado allí en un espacio y bajo tales dimensiones, que un millon de hombres hubiera podido cobijarse bajo su bóveda; pero esta bóveda era de plomo y las galerías superiores, donde se estrujaba la multitud estaban tan inmediatas al techo que nadie podia estar en ellas de pié; y con la cabeza encorvada y la espalda quebrantada, veíame forzado á mirar lo que acontecía en el fondo de la iglesia, bajo mis piés á una profundidad que me causaba vértigos.

Al pronto solo discerní los rasgos de la arquitectura, cuyas partes inferiores flotaban en el vacío, mientras que las medias se iluminaban con rojos resplandores entrecortados por negras sombras, como si un foco de incendio hubiese estallado en algun punto do no alcanzaba mi vista. Poco á poco esta siniestra claridad se difundió por todos los sitios del edificio y distinguí una porcion de personas arrodilladas en la nave, mientras una procesion de sacerdotes revestidos de ricos trajes clericales, desfilaba lentamente por el centro y se dirigia al coro cantando con voz monótona:

—«*¡Aniquilémosle, aniquilémosle, sea devuelto á la tumba, lo que al sepulcro pertenece!*»

Esta lúgubre canturia despertó mis temores y paseé la vista alrededor; pero ví que estaba solo en

una balustrada; la multitud habia invadido las demás y no parecía cuidarse de mí. Traté entónces de huir de aquel lugar de abominacion en el cual un instinto secreto me anunciaba la ejecucion de algun aterrador misterio. A mis espaldas habia varias puertas, mas estaban guardadas por las horribles figuras de bronce que con sardónica risa y hablando entre sí, decian:

«*Van á descuartizarlo y los restos de su cuerpo nos pertenecerán.*»

Helado de espanto por estas palabras me acerqué á la balustrada encorvándome á lo largo del pasamanos de piedra para no ser visto. Sentí tal horror por lo que iba á tener lugar, que cerré los ojos y me tapé los oidos. Con la cabeza metida en mi capuz é inclinada sobre las rodillas llegué á imaginar que todo aquello era un sueño y que dormia en el lecho de mi celda. Hice inauditos esfuerzos para dispertar y librarme de la pesadilla y creí en efecto conseguirlo; pero al abrir los ojos me hallé en la balustrada rodeado á alguna distancia de los espectros que allí me habian conducido y ví en el fondo de la nave la procesion de sacerdotes que habia llegado al medio del coro y que formaba apretado grupo alrededor del centro en donde se llevaba á cabo una escena de horror que jamás olvidaré. Habia un hombre tendido en un ataud y aquel hombre estaba vivo. No se quejaba, ni oponia resistencia alguna, pero de su seno se escapaban ahogados zollozos y sus profundos suspiros acogidos con un silencio aterrador se perdian bajo la bóveda que los trasmitia á la insensible multitud. Muchos sacerdotes armados de clavos y martillos estaban cerca de él

prontos á sepultarle, en cuánto hubiesen logrado arrancarle el corazon. Pero en vano, llegaban por turno con los brazos ensangrentados y hundiánlos en el entreabierto pecho del mártir registrando y torciendo sus entrañas; ninguno podia arrancar aquel corazon invencible, que lazos de diamante parecian retener en su puesto. De tiempo en tiempo los verdugos dejaban escapar un grito de rábia y contestábanles desde las galerías con imprecaciones y rechiflas. Durante estas abominaciones el gentío prosternado en la iglesia permanecia inmóvil en actitud de meditacion y recogimiento.

Entónces uno de los verdugos se acercó ensangrentado á la balustrada que separaba el coro de la nave y dijo á aquellos hombres arrodillados:

«¡Almas cristianas, fieles devotos, amados hermanos rogad; redoblad vuestras súplicas y lágrimas á fin de que se cumpla el milagro y podais comer la carne y beber la sangre de Cristo vuestro divino Salvador.»

Y los fieles se pusieron á rezar en voz baja, á golpearse el pecho y á cubrir sus frentes con ceniza, mientras los verdugos continuaban torturando su presa y la víctima llorando repetia amenudo estas palabras:

«*¡Oh Dios mio, ilumina esas víctimas de la ignorancia y de la impostura!*»

Parecióme que un eco de la bóveda, cual voz misteriosa traía á mi oido estos lamentos. Pero estaba de tal modo amedrentado que en lugar de contestarle y levantar mi voz contra los verdugos, solo me ocupaba en expiar los movimientos de cuántos me rodeaban temiendo no dirigiesen sus iras contra

mí al ver que yo no era de los suyos. Luego procuraba dispertarme y durante algunos segundos la imaginacion me ofrecia risueñas escenas. Veíame sentado en mi celda en una hermosa mañana, rodeado de mis libros favoritos; pero un nuevo suspiro de la víctima me arrancaba de aquella agradable vision y otra vez me encontraba enfrente de una agonía interminable y de verdugos incansables. Miré al paciente y parecióme que se trasformaba á cada instante. No era ya Cristo era Abelardo y despues Juan Huss, y despues Lutero.... Pude nuevamente arrancarme á ese espectáculo de horror y se me figuró que volvia á ver la claridad del dia y que rápido y ligero huia por una risueña campiña, mas una risotada feroz dejóse oir á mi lado y sacóme repentinamente de tan placentera ilusion, ví á Espiridion en el féretro, en pugna con los infames que pulverizaban su corazon dentro del pecho sin poderse apoderar de él. Luego ya no era Espiridion, era el viejo Fulgencio que me llamaba diciendo:

—¡Alejo, hijo mio, Alejo! ¿vas pues á dejarme perecer?

No bien hubo pronunciado mi nombre, cuando ví en el ataud, en lugar suyo mi propia figura con el seno entreabierto y el corazon despedazado por las uñas y tenazas. Sin embargo yo seguia oculto trás de la balustrada y contemplando á otro yo mismo en las angustias de la agonía. Entónces sentíme desfallecer, mi sangre se heló en las venas, un sudor frio se apoderó de todo mi cuerpo y experimenté en mi propia carne todas las torturas que veia sufrir á mi segundo yo. Procuré reunir las pocas fuerzas que me quedaban é invocar á Espiridion y

á Fulgencio. Mis ojos se cerraron y mi boca murmuró palabras de las cuales mi espíritu no tenia ya conciencia. Cuando volví á abrir los ojos, ví cerca de mí una bella figura arrodillada en actitud pacífica: la serenidad resplandecia en su ancha frente y sus ojos no se dignaban bajar hasta mi suplicio. Dirigia sus miradas hácia la bóveda de plomo y ví que la luz del cielo penetraba por una ancha abertura hasta su cabeza; un fresco vientecillo agitaba suavemente los dorados rizos de sus hermosos cabellos. Habia en sus facciones una melancolía inefable, que expresaba al propio tiempo esperanza y piedad.

«—Oh tú cuyo nombre se, le dije en voz baja, tú que pareces invisible á esos espantosos fantasmas y que solo á mi te dignas manifestarte, á mí solo que te conoce y adora, sálvame de estos terrores, líbrame de este suplicio!...»

Volvióse hácia mí y me miró con penetrante mirada que parecia compadecer y despreciar mi debilidad. Luego con angélica sonrisa extendió la mano y toda la vision se desvaneció.

Entonces no oí mas que su voz amiga que así me habló:

«—Todo lo que has creido ver aquí existe únicamente en tu cerebro. Solo tu imaginacion ha forjado la horrible pesadilla contra la cual has estado luchando. Que esto te enseñe á ser humilde y antes de emprender lo que no eres capaz de ejecutar, recuerda la debilidad de tu espíritu. Los demonios y los vampiros son creaciones del fanatismo y de la supersticion. ¿De qué te ha servido tu filosofía, si no sabes distinguir aun las puras revelaciones

que el cielo otorga, de las groseras visiones engendradas por el miedo.

Observa que todo cuánto has creido ver, ha pasado dentro de tí mismo y que tus sentidos engañados no han hecho sino dar cuerpo á las ideas que mucho tiempo hace te preocupan. Has visto en ese edificio compuesto de figuras de mármol y bronce, á su vez devoradoras y devoradas, un símbolo de las almas que el catolicismo ha endurecido y inutilizado, una imágen de los combates á que se han entregado las generaciones en el seno de la iglesia profanada destruyéndose unas á otras y desenvolviéndose los males sufridos.

Esa oleada de furiosos espectros que te ha arrastrado consigo es la incredulidad, el desórden, el ateismo, la pereza, el ódio, la concupiscencia, la envidia, en una palabra todas las malas pasiones que han invadido la Iglesia, cuando la Iglesia ha perdido la fé, y esos mártires cuyas entrañas se disputaban los príncipes de la Iglesia, eran los Cristos, eran los mártires de la verdad nueva, eran los santos de lo porvenir atormentados y despedazados hasta el fondo del corazon por los bellacos, los envidiosos y los traidores. Tú mismo por un instinto de noble ambicion te has visto colocado en ese ensangrentado cenotafio á la vista de un clero infame y de un pueblo imbécil; pero tú eras doble á tus propios ojos y mientras la mas bella mitad de tu ser sufria con constancia la tortura y se negaba á entregarse á los fariseos, la otra mitad egoista y cobarde se escondia en las sombras y para escapar á los enemigos dejaba expirar sin resonancia la voz del anciano Fulgencio. Así es oh! Alejo como el

amor á la verdad ha sabido preservar tu alma de las viles pasiones del vulgo; pero tambien así el amor al bienestar y el deseo de libertad te han hecho cómplice del triunfo de los hipócritas, con los cuales estás condenano á vivir. Animo, dispierta y busca en la virtud la verdad que no has podido hallar en la ciencia.»

Apenas concluyó de hablar, disperté; estaba en la iglesia del convento tendido encima de la piedra del *Hic est* al lado del sepulcro entreabierto. Habia venido ya el dia; los pajarillos cantaban alegremente revoloteando alrededor de los vidrios, el sol naciente proyectaba en el fondo del coro un rayo de oro y púrpura. En ese rayo ví entrar distintamente al que me habia hablado y perderse en él como si se hubiese confundido con la luz celeste. Paséme las manos por todo el cuerpo con espanto; estaba abotagado por un sueño de muerte y mis miembros rígidos por el frio de la tumba. La campana tocaba maitines: apresuréme á colocar la piedra en su puesto y pude salir de la iglesia ántes que en ella entráran los pocos fervientes que no se dispensahan de los oficios de la mañana.

Al dia siguiente no me quedaba de aquella terrible noche sino una profunda lasitud y un penoso recuerdo. Las diversas emociones experimentadas se perdian en la postracion de mi cerebro. Juzgué igualmente febriles la repugnante vision y la aparicion celeste; rechazaba tanto la una como la otra y atribuia la placentera impresion de la última al recobro de mis facultades y al fresco de la mañana.

Desde aquel momento solo una idea, solo un

fin me dominaron: quise entibiar mi imaginacion como habia conseguido entibiar mi corazon. Pensé que así como me habia despojado del catolicismo para abrir á mi inteligencia mas extensa via, debia tambien desprenderme de todo entusiasmo religioso á fin de llevar mi razon por un camino mas recto y mas firme. La filosofía del siglo habia combatido mal en mí el elemento supersticioso, resolví pues buscar las raices de aquella filosofía y retrocediendo un siglo me remonté á las causas de las ideas incompletas que me habian seducido. Estudié á Newton, Leibnitz, Kepler, Malebranche y sobre todo á Descartes, padre de los geómetras que habian zapado el edificio de la tradiccion y de la revelacion. Persuadíame que buscando la existencia de Dios en los problemas de la ciencia y en los raciocinios de la metafísica me apoderaria en fin de la idea de Dios, tal cual queria concebirla, serena, invencible, infinita.

Empezó entónces para mí una nueva série de trabajos, de fatigas y padecimientos. Habíame lisonjeado de ser mas fuerte que los especuladores á quienes iba á pedir la fé: sabia que la habian perdido al querer demostrarla y atribuia este funesto error á la inevitable extenuacion de las facultades empleadas en estudios demasiado profundos. Prometíame guiar mejor mis fuerzas, evitar las puerilidades en que concienzudas pesquizas les habian extraviado, desechar con discernimiento cuanto forzosamente habia ingresado en sus sistemas; en una palabra andar á pasos agigantados en una carrera en la cual se arrastraron ellos con dificultad. Allí, como en todas partes, el orgullo me

empujaba á la perdicion y bien pronto se consumó. Léjos de ser mas firme que mis maestros me dejé caer mas abajo de las cumbres que ansiaba alcanzar y en donde vanamente me engreí de poder permanecer. Habiendo llegado á esas alturas de la ciencia que la inteligencia escala, pero á cuyos piés el sentimiento se para, sentíme poseido del vértigo del ateismo. Orgulloso por haberme encumbrado tan alto, no queria comprender que apenas habia deletreado la primera palabra de la ciencia de Dios porque podia ya explicar con cierta lógica el mecanismo del universo, sin embargo que no podia penetrar el pensamiento que habia presidido á su creacion. Plúgome considerar el universo como una máquina y suprimir el pensamiento divino como un elemento inútil para la formacion y duracion de los mundos. Acostumbréme á buscar la evidencia en todo y á despreciar el sentimiento como si no fuese él una de las principales condiciones de certeza. Creéme pues un modo raquítico y grosero de ver, de analizar y de definir las cosas y volvíme el mas obstinado, el mas vano y el mas limitado de los sábios.

Diez años de mi vida transcurrieron en estos trabajos, diez años que se hundieron en el abismo sin hacer crecer un solo tallo de yerba. Mucho tiempo luché contra el frio de la razon y á medida que ganaba tan triste conquista yo mismo me asustaba de ello y preguntábame que haria de mi corazon si nunca llegaba á despertar. Poco á poco sin embargo el placer de la vanidad satisfecha alegaron esa inquietud. Nadie se figura en que inconsecuencias y ligerezas cae el hombre dedicado en apariencia

las mas graves especulaciones. En la ciencia embriagan de tal modo las dificultades vencidas, que las resoluciones juiciosas, los instintos del corazon, la moral del alma se sacrifican en un abrir y cerrar los ojos á los frívolos triunfos de la inteligencia. Cuánto mas adelantaba en esos triunfos, tanto mas quimérica me parecia lo que habia pensado al principio. Llegué por fin á creerlo tan inútil como imposible; resolví pues no buscar mas verdades metafísicas, de cuya via se alejaban mis estudios físicos cada vez mas. Habia estudiado los misterios de la naturaleza, la marcha y el reposo de los cuerpos celestes, las leyes invariables que rigen el universo así en sus esplendores infinitos como en sus mas imperceptibles detalles; en todas partes vislumbré siempre la mano de hierro de una inconmensurable potencia, profundamente insensible á las nobles emociones del hombre; generosa con profusion, ingeniosa hasta rayar en minuciosa en cuánto tiende á sus satisfacciones materiales, pero consagrada á un inexorable silencio en todo cuánto se refiere á su ser moral, á sus inmensos deseos, á sus infinitas necesidades. Esa avidez con que algunos hombres privilegiados tratan de comunicar íntimamente con la divinidad, ó no era quizá una enfermedad cerebral, que podia colocarse al lado de ciertas producciones anormales en el reino vegetal y de ciertos exagerados instintos en los animales? ¿Era acaso el orgullo esa otra enfermedad comun al mayor número de los hombres, que adornaba con sublimes colores y realzaba con pomposos nombres esa fiebre del espíritu, testimonio de la lasitud y debilidad, mas bien que de fuerza y salud? No, exclamaba

yo; es una impudencia, una locura y sobre todo mezquindad querer escalar el cielo. ¡El cielo que no existe en parte alguna aun para el mas atrasado discípulo por poco que conozca el mecanismo de la esfera! ¡el cielo en donde el vulgo cree ver en un trono formado de exhalaciones de la tierra un ídolo tallado bajo el modelo del hombre, sentado sobre las esferas como un acara sobre las Atlas! ¡el cielo, el éter infinito sembrado de soles y de innumerables mundos que el hombre imagina deber atravesar despues de su muerte, como las aves de paso van de uno á otro campo, y en donde los cortos preceptores teológicos escogen sin duda una constelacion por dominio y los rayos de un astro por vestido! ¡el cielo y el hombre! es decir el infinito y el átomo, que extraña aproximacion de ideas, que ridícula antítesis! ¿Cuál fué pues el primer cerebro humano que cayó en semejante demencia? y hoy dia un papa que se llama rey de las almas, abre con llave las dos medias hojas de la puerta de la eternidad á cualquiera que dobla la rodilla ánte su disciplina diciendo: «Admitdlo.»

Así es como hablaba yo y entónces una amarga risa se apoderaba de mí y arrojando por el suelo los sublimes escritos de los padres de la Iglesia y de los filósofos espirituales de todas las naciones y de todas épocas, pisoteábalos con una especie de rábia, mientras repetia estas palabras de Hebronius en las que creia hallar la solucion de todos mis problemos: Oh! impostura oh! ignorancia!

Palideces, hijo mio, dijo Alejo interrumpiéndose; tu mano tiembla entre las mias y tus azorados ojos parecen interrogar los mios con ansiedad.

Cálmate: no temas que amarguen tu vida semejantes angustias, espero que esta relacion te preservará siempre de ellas.

Felizmente para el hombre ese pensamiento de Dios que desconoce y niega tan amenudo ha presidido á la creacion de su ser con tanto amor y cuidado como á la del universo. Lo ha hecho perfectible en el bien y corregible en el mal. Si en la sociedad puede considerarse el hombre muchas veces perdido para ella, en la soledad nunca está el gombre perdido para Dios, pues mientras le queda un soplo de vida, este soplo puede hacer vibrar una cuerda desconocida en el fondo de su alma y cualquiera que haya amado la verdad tiene muchas cuerdas susceptibles de vibrar ántes de perecer. Amenudo dormitan las sublimes facultades de que está dotado para cobrar vida como el gérmen de las plantas en el seno de la tierra, y al salir de una larga inaccion brillan con mas fulgor. Si tanto aprecio el retiro y la soledad, si persisto en la creencia de que es preciso observar los votos monásticos, es porque he conocido mas que otro alguno los peligros y la victoria de esa larga lucha con la conciencia en la cuál se ha consumido mi vida. Si hubiese vivido en el mundo me hubiese perdido para siempre. El habito de los hombres hubiera extinguido en mi lo que el soplo de Dios ha reanimado. El incentivo de una vana gloria me hubiera embriagado y encontrando siempre mi áncora la ciencia nuevas excitaciones en le aprobacion de los otros, viviendo en una falsa alegría y en el olvido de la verdadera felicidad. Pero aquí solo, sin ser comprendido de nadie y no teniendo mas estímulos que mi orgullo

y mi curiosidad, acabé por saciar mi sed y cansarme de mi propia estima. Sentí la necesidad de compartir mis placeres y mis penas con álguien, á falta del amigo celeste que me habia enajenado, y sentílo sin manifestármelo, sin querérmelo confesar á mí mismo. Además de los soberbios hábitos que el orgullo del espíritu habia dado á mi carácter, no estaba rodeado de séres con quienes pudiese simpatizar, la grosería y la ruindad se levantaban á mi alrededor, para rechazar los impulsos de mi corazon. Esto fué aun una felicidad para mí. Conocia que la sociedad de hombres inteligentes hubiera encendido en mí una fiebre de discusion y una sed de controversias que me hubiesen afirmado cada vez mas en mis negaciones; mientras que en mis largas y solitarias veladas, en lo mas fuerte de mi ateismo, sentia todavía algunos momentos violentas aspiraciones hácia ese Dios que llamaba yo ficcion de mis años juveniles y aun cuando durante esas ráfagas concibiese un profundo desprecio hácia mí mismo, lo cierto es que con ellas volvia á ser bueno y mi corazon luchaba heróicamente contra su propia destruccion.

Las grandes enfermedades tienen fases en las que el mal reporta el bien, y despues de las mas espantosas crisis es cuando repentinamente se efectúa la curacion como por milagro. La época que en mí precedió el retorno á la fé fué aquella en que me creí el mas firme sectario de la *razon pura*. Habia conseguido ahogar todos los instintos de mi corazon y en medio de mi desprecio hácia toda religion y de mi olvido de toda emocion religiosa, triunfaba. Mas apenas llegué á ese apogeo de mi fuerza filo-

sófica cuando se apoderó de mí una fuerte desesperacion.

Un dia que habia trabajado durante muchas horas en no sé que detalles de observacion científica con extraordinaria lucidez, sentíme mas persuadido que nunca de la omnipotencia de la materia y de la imposibilidad de otro espíritu creador y vivificante, que el que yo llamaba en lenguaje de naturalista las propiedades vitales de la materia. Experimenté entónces en mi sér físico un frio glacial y me metí en cama, calenturiento.

Nunca habia cuidado de mi salud: padecí pues una enfermedad larga y dolorosa. Mi vida no peligró, pero intolerables padecimientos se opusieron á todos mis trabajos intelectuales. Invadióme un profundo despecho: la inaccion, la soledad y mis achaques causáronme mortal tristeza. No queria recibir cuidados de persona alguna pero las instancias hipócritamente afectuosas del prior y las de un cierto converso enfermero llamado Cristóforo, me obligaron á aceptar su compañía por la noche. Padecia insoportables insomnios y el tal Cristóforo bajo pretexto de aligerar y suavizar mi fastidio venia cada noche á dormir cerca de mi cama con pesado y profundo sueño. Era seguramente la mas buena y la mas limitada de las humanas criaturas. Los frailes le perdonaban su estupidez en atencion á su bondad y tratábanle como una especie de animal doméstico laborioso, amenudo necesario y siempre inofensivo. Su vida no era mas que una série de sacrificios, una contínua abnegacion. Como sacaban partido de él se habian acostumbrado á contar con la eficacia de sus cuidados y esa confianza en que yo no queria

tomar parte hácia que me fuese sumamente importuno. Sin embargo un sentimiento de justicia que el ateismo no habia podido destruir me obligaba á aguantarle con paciencia y á tratarle, con agrado. Al principio me habia enojado algunas veces con él y le habia echado de la celda. En lugar de ofenderse, afligíase de tener que dejarme solo, presa de mi mal; mascullaba con gangosa voz una ovacion detrás de la puerta y al amanecer me lo encontraba sentado en la escalera, con la cabeza entre las manos, durmiendo, eso sí pero sobre el frio y duro suelo, ántes de resignarse á pasar en su cama las horas que habia resuelto consagrarme: su paciencia y su abnegacion me rindieron. Soportaba su compañía por hacerle favor porque con gran pesar mio nadie mas que yo estaba enfermo en el convento y cuando Cristóforo no tenia álguien á quien cuidar se consideraba el hombre mas desgraciado del mundo. Poco á poco me acostumbré á verle, así como á su perrillo, quien se habia identificado de tal modo con él, que tenia su mismo carácter, sus hábitos y á poco mas hubiese preparado las tisanas y tomado el pulso á los enfermos. Estos dos séres comian y dormian juntos. Cuando el fraile iba y venia de puntillas de uno á otro lado del aposento, el perro daba igual número de pasos y en cuánto el buen hombre se dormia el paciente animal hacia otro tanto; si Cristóforo rezaba, Baco, que este era el nombre del perro, se sentaba gravemente delante de él y permanecia en esta postura levantando una oreja y siguiendo del rabillo del ojo los menores movimientos de brazos y cabeza con que el monge acompañaba su oracion; si este último me